





LA CIUDAD Y EL BARRIO

PRESENTACION DEL BARRIO ALFONSO XII DE MADRID

FRANCISCO DE INZA

Se dice muchas veces que la ciudad es un elemento vivo; y lo es, porque nace, se desarrolla enferma y muere, según los empujes de los seres vivos que la habitan, a lo largo de los tiempos.

Los núcleos urbanos pertenecen al hombre y participan de sus mismas condiciones. Como él, están sometidos al paso del tiempo y se ven limitados por el espacio. La ciudad es lo que son sus gentes.

Los estratos del tiempo se ven bien palpables en nuestras ciudades. "El tiempo se hace visible en ellas", dice Mumford.

La ciudad se hereda de generación en generación, de modo que, según van cambiando los modos de vivir es necesario adaptarse a estructuras urbanas concebidas para modos diferentes.

Los edificios, los sistemas viarios y, en general, los conjuntos urbanos tienen una vida material muy superior al tiempo, que tarda en presentarse la necesidad de renovarlos. Se hacen inservibles o difícilmente utilizables antes de envejecer, o al menos, antes de haber sido empleados al límite.

El problema de adaptación, de revitalización, es, a menudo mu-

cho más arduo y complejo que el de la creación de piezas urbanas de nuevo cuño.

(De otra parte, el aspecto económico de la cuestión obliga a considerar la amortización de los elementos urbanos heredados y a ponderar cómo en aquéllos otros de nueva planta, su permanencia física deberá ser inferior al plazo de amortización, con el fin de no colocar, sobre futuras espaldas, cargas excesivas.)

Los cambios que produce el tiempo en las ciudades y, sobre todo, en sus órganos, los barrios, vienen determinados a mi juicio por factores numéricos de aumento de población, cualitativos debidos a la variación de gustos y apetencias de los grupos sociales que habitan en ellos. Factores que son de tener en cuenta para el momento de hacer un análisis sobre evolución de aquellas zonas heredadas de nuestros núcleos urbanos, así como de los barrios nuevos y el aprovechamiento actual de ambos.

(Conozcamos su proceso evolutivo. Su historia, en una palabra.)

Para lo cual estimo conveniente tratar de ver algunos de los aspectos más notables que condicionan sus nuevas estructuras.

Los cambios de tipo cuantitativo, según creo, obedecen entre otras cosas a las siguientes causas:

El aumento considerable de la población; la variación sustancial en la distribución de la población activa, con un claro aumento de la dedicada a la producción industrial y disminución de la empleada en las tareas agrícolas; la incorporación de la mujer a la vida del trabajo con el correspondiente descenso de su participación en las tareas del hogar; la prolongación de la vida media y, por tanto, el sensible aumento del número de pasivos; la disminución del número de individuos por familia, etc.

Desde un punto de vista cualitativo, la evolución de los deseos, intereses y apetencias de los individuos ha venido, a mi entender, influida por los siguientes motivos:

El considerable aumento de la renta por cabeza en los últimos años, que ha traído como consecuencia un rápido incremento en la capacidad de consumo, así como una notable modificación de los *status sociales* y un giro muy fuerte en las apetencias y necesidades de la gente. Así que, cada día más cosas superfluas se convierten en necesarias, y al revés. Una modificación de las características en la demanda de trabajo, que se han traducido en la correspondiente creación de necesidades para el mayor aprovechamiento del descanso. Las nuevas necesidades de transporte para el traslado a los puestos de trabajo, etc.

Todas estas notas caracterizan, en mi opinión, la estructura de la población actual y sirven seguramente como punto de apoyo para asegurar un poco la tambaleante posición en que se encuentra uno al tratar de responderse a tantas preguntas como se presentan en seguida al plantearse el problema de la rapidísima evolución de nuestras ciudades por los últimos años.

Miles Coleam advierte cómo "las muy encomiadas ciudades planeadas en la Edad Media tuvieron éxito porque los problemas que afrontaban eran relativamente simples". Eran ciudades funcionalmente bien resueltas para unas necesidades mucho más cortas que las nuestras y al servicio de una sociedad orgánicamente muchísimo más simple. Su evolución es producida, por tanto, muy lentamente.

Nuestros problemas actuales tienen una escala mucho mayor —tanto cualitativa como cuantitativamente— de complejidad, y el factor tiempo nos ataca con mucha más viveza. Pero debemos intentar que sean igualmente funcionales en el perfecto sentido de la palabra.

Para tratar de desmembrar en algún modo el problema, una vez tanteadas algunas de las causas de la evolución en cuanto al tiempo, tratemos de estructurarlo en cuanto al espacio. Es decir, tratemos de buscar aquellas partes definitorias del conjunto urbano ciudad: sus órganos vitales, las células que constituyen una comunidad social urbana de gran calibre, para ver qué nos va pasando con ellas.

Una vez planteadas las cosas en este terreno, observamos cómo

la invariante más clara en todas las soluciones, de mayor o menor emergencia, para tratar de resolver los problemas del espacio, frente a las exigencias de crecimiento de una ciudad, es la de organizar grandes cantidades de unidades habitables, con objeto de resolver a toda marcha el problema de la vivienda.

(Es difícil crear un conjunto social urbano orgánico a base de resolver el problema de la vivienda, ya que lo que se llama vivienda, debería llamarse más bien habitación. El hombre, para vivir, lo que se dice *vivir*, necesita cubrir otras necesidades tan propias de su naturaleza humana como las de habitar, y desde luego tan urgentes y no ajenas al urbanismo.)

Pues bien, por tal sistema es de notar cómo en nuestras ciudades han surgido innumerables edificios con forma de bloque que han dado lugar a zonas habitables.

A estas zonas, por lo general, se ha tratado de dotarlas de una "ordenación", con objeto de planificar la ciudad por medio de algunas normas de tipo geométrico; olvidando a menudo que estos conjuntos estaban destinados a la ampliación de la ciudad, creando un nuevo órgano para ser *vivido*. ¿Qué tiene que ver la planificación con el trazado geométrico?

Oigamos a Gropius: "Concibo la buena planificación como Ciencia y como Arte. Como Ciencia, la planificación analiza las relaciones humanas; como Arte, coordina las actividades humanas dentro de una síntesis cultural."

Entre nosotros se ha entendido a menudo por planificación una especie de cruce entre el aburrimiento más desesperante y la angustia u holgazanería mental de los que trazaron la inmensa mayoría de nuestros crecimientos urbanos.

Pienso que esa suerte de ordenación más o menos geométrica no tiene gran cosa que ver con un auténtico *orden jerárquico* de valores en el que ocupe el primer lugar la comunidad, considerada como conjunto de personas organizadas de tal modo en sus habitaciones y servicios colectivos, que puedan desarrollar su vida de un modo agradable y completo. Aunque vivan en una ciudad muy grande.

No me parece válido el argumento de que "la gente vive muy contenta" en tal o cual zona de ampliación urbana de las que antes me refería, porque tengo la esperanza de que en nuestro país los nuevos grupos sociales anejos a las grandes capitales adquieran conciencia de su carácter de comunidad, en un par de generaciones; y entonces sus exigencias para desarrollar, de un modo completo, la vida en colectividad organizada serán mucho mayores que ahora. De nuevo el proceso evolutivo de la ciudad habrá de ponerse de manifiesto en tales zonas, y es posible que al paso de los años, en los que la educación ciudadana vaya ganando en claridad, aquellas llamadas "planificaciones" se consideren como un atentado contra la cultura e imaginación de los que las habitan.

El desorden implica rebeldía contra lo establecido jerárquicamente, pero no implica desconocimiento de la jerarquía. Por el contrario, el aburrido y cerril sometimiento a algunas estrechas

recetas y, peor aún, la soberbia imposición de las mismas implica algo más difícil de curar, que es la pereza mental.

El orden no implica, en sí mismo, aburrimiento. La complicación no implica desorden, sino dificultad. La persistente repetición de una fórmula para la planificación de conjuntos urbanos es un formidable ataque a la jerarquía de valores espirituales de los que vayan a habitarlos.

El orden, desde el punto de vista urbanístico, exige un equilibrio entre el arte del auténtico planificador urbano y el acertado criterio del sociólogo. De tal suerte que el resultado sea una pieza organizada al servicio del hombre y de la colectividad y cumpla con todas sus exigencias.

Condición que se pone de relieve con mayor claridad en el caso relativo al crecimiento de las grandes capitales que en el trazado de pequeños poblados rurales de nueva planta.

Las ciudades han surgido como el resultado de los esfuerzos de muchos para tratar de resolver las necesidades de los grupos sociales. A menudo sin planes claramente concebidos.

Hasta hace relativamente pocos años, el urbanismo aparecía como un subproducto del buen deseo de todos. A causa de que el organismo "sociedad" era más simple y también más reducido, sus miembros eran no solamente más sencillos, sino que también se manifestaban con mayor claridad en la estructura de los conjuntos urbanos.

Estos miembros del todo "ciudad" eran los auténticos *barrios*, y presentaban, a mi juicio, algunas condiciones de grupos comunitarios con entidad propia y bien definida, que en la actualidad van desapareciendo de las zonas de ciudad heredada y no han llegado probablemente a producirse en las nuevas zonas de crecimiento.

Gropius señala a este respecto indicaciones como ésta: "Si tratamos de valorizar los resultados físicos de los programas de vivienda y de organización de comunidades orgánicas durante los últimos veinte años, podemos aclarar, sin equivocarnos, que el proyecto y la construcción del departamento o vivienda unifamiliar ha sido enormemente mejorado en relación a su habitabilidad y a su *standard* general, pero difícilmente encontraremos algún barrio que nos atraiga como una verdadera y equilibrada comunidad."

Así, pues, estimo que las zonas de conjunto urbano ciudad han sufrido muy notables cambios en sus estructuras—probablemente por los motivos que señalé al principio—; cambios que se han puesto de manifiesto con claridad en aquellos núcleos a mi entender fundamentales, como son los barrios—órganos vitales de la ciudad—que deben sostener, con vida propia, de pequeña autonomía, la tremenda, difícil y discutible "organización" de las grandes ciudades en constante y desproporcionado crecimiento.

(Estimo más fácil—o por lo menos no tan desesperado—revivir los barrios, vitalizar los órganos del "Monstruo" que impedir su implacable avance sobre los campos.)

Por consiguiente considero interesante tantear un poco cuáles



son las características de aquellas zonas en las que la ciudad pueda dividirse para intentar, como dije, simplificar el panorama.

Un distrito es una cosa, y un barrio, otra. Los límites del distrito figuran en planos y son trazados según necesidades administrativas o jurídicas por las autoridades de una ciudad. El reparto de un núcleo urbano en distritos obedece, en cierto modo, a un criterio de proporcionabilidad del todo con las partes.

(No es tampoco este despiece semejante al de una res, que tiene su técnica, y se ejecuta de acuerdo con las condiciones anatómicas del animal, al seccionar por aquellas partes naturalmente mejor dispuestas para el corte del cuchillo.)

El distrito no tiene atmósfera y necesita de la representación gráfica para conocer sus bordes.

El barrio es también una parte de una ciudad o bien de un pueblo grande, pero su condición es del todo diferente a la del distrito.

Los barrios tienen capacidad de crecimiento. Los hay que empezaron a serlo ya con unas pocas casas y de tanto crecer se juntaron a otros. Los hay, también, que empezaron como pueblos y perdieron su condición de pueblo, al ser alcanzados por la ciudad, tal como pasó con Gracia, Hospitalet y otros de Barcelona, con Vallecas en Madrid, con Triana en Sevilla... Pueblos que se transformaron en barrios por un proceso de crecimiento más o menos razonable, pero del todo natural, de una ciudad cercana.

Los barrios obedecen, en su formación, a un proceso vivo. Tienen entidad física y su delimitación no es en modo alguno arbitraria. Sus bordes, en el caso de estar claramente definidos, vienen determinados por variantes formales en su estructura urbana.

De otra parte, según sucede con todo organismo vivo, no solamente se pone de manifiesto en él su desarrollo, su carácter cambiante y su muerte, sino que el concepto que los hombres adquieren de él está también sometido a alteraciones de acuerdo con el paso de los tiempos. Alteraciones conceptuales que son función de la evolución de los hombres y de las ideas.

El conjunto urbano ciudad se compone de un agrupamiento de células familiares que se cobijan en casas, se divierten en salas de espectáculos, ejercitan sus condiciones físicas en instalaciones deportivas, que trabajan en fábricas o en oficinas, que tienen sus hijos en las clínicas, que los educan en las escuelas...

El centro de irradiación de cada célula es el domicilio, y desde él cada miembro desarrolla todo el conjunto de interrelaciones con los restantes individuos.

El domicilio se construye aprovechando un trozo de suelo y sirve materialmente para defender al individuo o la célula familiar contra los ataques del clima. Pero es de notar que el medio ambiente no lo constituyen solamente una unidad de aprovechamiento vital como es el suelo, ni siquiera un aspecto ambiental como puedan ser las adversidades climatológicas. Cada uno de los seres vivos está como sumergido en una agrupación que comprende desde los organismos más complejos, como son los seres humanos, cuya vida

entera constituye una completa lucha por la adaptación a las propiedades del medio en que vive.

(Este es precisamente el campo de acción de la aplicación del término ecología—inicialmente empleado por los naturalistas—a los programas sociológicos y urbanísticos de nuestras ciudades.

Este medio ambiente es lo que determina en gran parte, en todas las comunidades de seres vivos, las condiciones biológicas del grupo a lo largo de su desarrollo.

La interdependencia del individuo y los grupos sociales se nos muestra como uno de los aspectos más significativos de la vida de las ciudades. La capacidad de adaptación del individuo al medio urbano condiciona las posibilidades de existencia tanto del individuo como del grupo, y el propio grupo es, a su vez, en este sentido, una determinante del medio ambiente del individuo.

A partir del momento en que el individuo—el ser humano—deja de tener un comportamiento puramente vegetativo o animal; es decir, a partir del instante en que cobra uso de razón, e incluso antes, su condición de "ser social" se pone de manifiesto. (Esto lo digo al menos con el rigor que realmente, hace falta para este caso.)

El niño vive con una familia, por lo general, y para él su medio ambiente es su casa y los habitantes de ella. Con sus padres o sus parientes. Sus relaciones se limitan al grupo familiar y su radio de acción es el domicilio.

Esto le pasa hasta que sale fuera de su casa y toma contacto con otros seres que no pertenecen a su familia. Entonces empieza seguramente a ser un "individuo social". (Que me parece que es distinto que "individuo sociable".) Yo creo también que si no sale de su casa para establecer contacto con otros, habrá que llamarle "casero".

En el momento en que comienzan sus primeras relaciones entran en juego unos individuos nuevos para él: los vecinos.

Ha salido del domicilio y se mueve dentro de un ambiente próximo, con un corto radio de acción.

A medida que crece, aumentan sus necesidades y también sus obligaciones. Su radio de acción se va haciendo mayor, pero se mueve aún entre sus "vecinos". Toma conocimiento de su prójimo, o sea de su próximo, y conoce a otros seres como él, que viven cerca de donde él vive.

Aprende las cosas de la vida con ellos, lucha con ellos y juntos viven en un mismo paisaje.

Para él sus vecinos son sus amigos (hay que tener en cuenta que vengo hablando de un "individuo social pequeño" que llamamos niño; y los niños tienen amigos aún) y sus amigos, al propio tiempo, son sus vecinos.

En su medio ambiente hay pocos animales; no hay ríos. Su "naturaleza" es la calle. El grifo del lavabo, la llave de la luz y el teléfono son para él tan naturales como la lagartija y la espiga para otros que viven en el campo. Así que viene a pensar como sus vecinos; de tal modo que cualquiera que no sea de su barrio llega incluso a parecerle extraño.

Su escuela está en su barrio, y después, cuando al paso de los años empieza a trabajar, sigue con los amigos "del barrio".

En muchos casos no se sabe exactamente dónde empieza y dónde termina el barrio, porque esta palabra tiene tal vez para cada uno distintos límites. Al menos, límites físicos no del todo precisos.

Sin embargo, no todas las actividades de cada uno de los individuos, desde luego, pueden desarrollarse dentro del entorno vecinal, a causa del crecimiento natural de la población, y a medida que ésta va aumentando, las interdependencias entre los individuos y su grupo van adquiriendo matices distintos.

El poder de atracción de la ciudad trae consigo la creación de nuevos núcleos que crecen a menudo de manera apresurada y son habitados por individuos que no poseen aquel carácter comunitario que, a mi juicio, condiciona a los vecinos de un barrio. Se ha constituido una agrupación urgente, en cierto modo de "trasplante" que nada tiene que ver con el grupo social, que se desarrolló de un modo mucho más natural dentro de aquel otro contorno vecinal que llamamos *barrio*.



Así, pues, a causa del agrupamiento de habitaciones, mejor aún de domicilios, se originó un conjunto no del todo orgánico, habitado por familias que, de una parte, carecen de adaptación al medio—al menos en una primera generación—y de otra, no pueden desarrollar todas aquellas actividades necesarias para tomar conocimiento de su condición de grupo social bien definido.

El salto de la célula familia al conjunto ciudad es brusco y al propio tiempo fácilmente transmisible, con lo cual los barrios próximos van perdiendo naturalmente su carácter orgánico.

Walter Gropius, en su libro *ARQUITECTURA Y PLANEAMIENTO*, ya advierte repetidas veces cómo no es posible confundir un barrio con una agrupación de domicilios. "La vivienda, tenida en cuenta únicamente como una de las múltiples funciones de la comunidad, no puede ser encarada separadamente."

"El cuidadoso estudio de un plan orgánico de la comunidad como estructura indispensable debe preceder a cualquier programa de viviendas..."

"Las viviendas solamente—mera conglomeración de personas—no crean de por sí una comunidad orgánica."

La capacidad de atracción de una ciudad depende probablemente de su masa, con lo cual, este consiguiente aumento de masa, de una parte, trae como consecuencia siempre una falta de estructuración en piezas—en órganos—y, de otra, todavía un mayor poder atractivo que origina una suerte de reacción en cadena de final difícilmente previsible.

El convencimiento de que la revisión de los valores de aquellas piezas clave del *rompecabezas-ciudad* puede llegar a una mejor comprensión de los problemas de crecimiento, enfermedad o mal empleo de los núcleos urbanos, me inclina a pensar que tal vez fuera posible, muy despacio y modestamente, ir desempolvando temas concretos en casos muy específicos para intentar sacar consecuencias de ellos con una longitud de onda corta, pero seguramente eficaz.

Pienso que problemas de tan fantástica envergadura como los que nos plantean en la actualidad nuestras ciudades, difícilmente puedan acometerse a gran escala, y pienso también que junto a los atolladeros tremendos de tráfico, administración, reparto de suelo y otros mil más que se presentan a resolver con un carácter

eminentemente técnico, aparecen otros cuya más clara condición es de orden cultural, educativo e histórico que ayudaría mucho y daría juego, a un par de generaciones vistas, si los acometemos ahora. Aunque haya muchos que lo que más les preocupe sea el automóvil.

Por este motivo es por lo que hemos intentado llevar las cosas a un terreno más corto, y, por aquello de que "divide y vencerás", hemos presentado este número de la Revista sobre un barrio muy concreto de Madrid, el barrio de Alfonso XII, cuyas peculiares condiciones permiten un estudio de su evolución desde su nacimiento hasta su estado actual, como posiblemente no sea fácil encontrar otro en semejantes condiciones, ya que su vida—alrededor de ochenta años—, su proceso de desarrollo y su nacimiento están próximos, aunque no tan cerca como para impedir una visión objetiva serena sobre él.

Para todos aquellos con buena voluntad, con esperanza y, sobre todo, con tiempo para preocuparse por una o dos generaciones pasadas y otras tantas venideras, hemos preparado este número.